

Javier Muñoz Soro

MAINER, José-Carlos y JULIÁ, Santos, *El aprendizaje de la libertad, 1973-1986*, Madrid, Alianza Editorial, 2000.

Entre las numerosas propuestas de síntesis histórica que está ofreciendo el mercado editorial durante los últimos años, en una tendencia muy saludable, sobresale ésta de los profesores José-Carlos Mainer y Santos Juliá. Para empezar, porque a la capacidad de síntesis se suma un empeño menos frecuente en llevar a la práctica el principio horaciano del enseñar deleitando, como ya es norma consolidada en la abundante obra de ambos autores. *El aprendizaje de la libertad* participa de otra corriente, la que podemos llamar “nueva historiografía de la normalidad” en la interpretación de la reciente –pero no sólo– historia de España. Por ello son pertinentes las referencias a los temores del politólogo Giovanni Sartori tras la muerte de Franco o los prejuicios pseudoantropológicos sobre el pueblo español de Gerald Brenan, tan extendidos en la cultura anglosajona hasta los años setenta, con los que se abre el libro. Es curioso, sin embargo, que los avatares editoriales del libro delaten ciertas zonas de sombra en esta deseable normalidad. Como reconocen los propios autores, su antecedente obligado es el volumen que escribieron, junto a José L. García Delgado y José M. Serrano Sanz, para la *Historia de España* dirigida por Tuñón de Lara, que tuvo escasa difusión por “dificultades de tesorería de la Editorial Labor y también por la alarma de sus directivos ante algunas alusiones al Opus Dei que contenía el texto” (p. 12).

El análisis histórico del periodo, enmarcado entre dos fechas bastante aleatorias vista la posterior amplitud cronológica de la exposición, privilegia dos temas: el gran cambio socioeconómico puesto en marcha por el desarrollismo tecnocrático, y las raíces culturales e ideológicas de la democracia. El primero ha sido abordado por Santos Juliá en otras ocasiones y participa del énfasis sociológico presente en buena parte de la historiografía sobre el franquismo y la transición. Más que la descripción de las transformaciones económicas y sociales, tienen interés las implicaciones políticas que el autor destila con maestría y rotundidad. El final de la agricultura tradicional evitó a la clase política afrontar la conflictividad en el campo y la cuestión de la reforma agraria, que tan desastrosas consecuencias habían tenido en los años treinta. La expansión del Estado, el sector público y la educación, sobre todo universitaria, “liquidó la base institucional del poder” y el monopolio de la Iglesia que caracterizaron al primer franquismo. La nueva mesocracia urbana, empleada en la gran empresa, los servicios o la administración, renunció al discurso radical, republicano y anticapitalista, y tampoco la clase obrera recuperó el discurso de la revolución anterior a la guerra, de manera que “República y socialismo como proyectos o ideales políticos dejaron paso a una, primero tímida, luego más vigorosa reivindicación de la democracia” (p. 31).

Cierta novedad, respecto a la obra anterior de Santos Juliá, supone la mayor importancia concedida aquí a la (re)construcción de una cultura democrática y al pacto entre la izquierda histórica y los grupos que se distanciaron de su anterior vinculación, política o sociológica, al régimen: “la transición no era nueva, sino vieja de treinta años, en su exigencia básica: fin del discurso de la guerra, reconciliación, amnistía y renuncia de la revancha. La transición fue nueva en sus agentes” (p. 45). Ello a pesar de la debilidad de la oposición antifranquista, de su aparente radicalismo dialéctico y de los reiterados fracasos en sus apelaciones a la movilización popular. El autor repasa los conocidos estudios sociológicos que coinciden en destacar la moderación de la sociedad civil, que impuso la “ruptura pactada”, concentró el voto en 1977 en los dos partidos “que prometían con más garantía de éxito una mezcla de cambio y reforma”, y llevó a la democracia española a unos niveles de legitimidad equiparables a los de otras naciones europeas. No queda claro, sin embargo, por qué tanta moderación no se tradujo en una más cómoda mayoría para UCD o favoreció una coalición de gobierno semejante a las que se formaron en Europa después de 1945. Ni, desde otra perspectiva, el éxito del PSOE, no tan moderado a la altura de 1977, en las elecciones y en la lucha por la hegemonía dentro de la izquierda. Se echa en falta una mayor atención al contexto internacional, al menos para explicar por qué no se materializó un escenario “a la italiana”, vaticinado por muchos e igual de compatible con los índices de renta alcanzados por España.

La segunda parte del libro constituye una demostración de la apabullante capacidad de José Carlos Mainer para dar sentido a una enorme cantidad de información. Un río de palabras y memoria que a veces amenaza con desbordarse pues, junto a páginas imprescindibles dedicadas a la imagen de la guerra civil o “los niños de la guerra”, abarca los más variados asuntos y no rehuye siquiera la reflexión sobre el concepto “cultura”. Sin embargo, el conjunto no pierde nunca su unidad y cada uno de esos temas incluye reflexiones más o menos originales, pero siempre interesantes, que van del prestigio de los intelectuales en la transición al poder mediático de los “tertulianos”, de la construcción del “Estado cultural” bajo los gobiernos socialistas a la “cultura de la queja” de las nuevas autonomías, del pensamiento totalizador del estructuralismo marxista –un “indigesto producto intelectual” (p. 90)- a la fragmentación y promiscuidad de la cultura posmoderna.

Mainer insiste aquí en su conocida aversión hacia los “adanismos” en materia cultural, reafirmando la continuidad subyacente en 1936 o 1975, más aún en el caso de supuestas rupturas como la literaria de los “novísimos” en 1970. Cuando se ha convertido en un tópico hablar de discontinuidades en la historia, la literatura o el arte españoles del siglo XX, seguramente es útil recordar que “no hay cortes en la historia del pensamiento y mucho menos en lo que llamamos historia de las mentalidades” (86), que los fenómenos culturales son en gran medida autónomos y se insertan en corrientes de alcance internacional. Para un historiador de la contemporaneidad, sin embargo, por encima de consideraciones de *moyennes durées* siguen pesando el discurso y las actitudes conscientes de unos actores sociales que se sitúan en relación al pasado inmediato. La exitosa y rápida inserción de la “movida” en un contexto internacional de capitalismo tardío fue posible porque nació del vacío, más que del rechazo al franquismo, ajena a la ética/estética del compromiso.

Tiene razón Mainer cuando señala “la incapacidad estética del franquismo como tal régimen totalitario frente a los pavorosos imperativos del nazismo germánico o frente a las utopías descabelladas del fascismo italiano” (187). Pero tal incapacidad no fue exclusiva del franquismo, ya que sólo el fascismo italiano de los años veinte impulsó, en parte, la estética revolucionaria y modernizadora que reclamaban el futurismo y el racionalismo, muy diferente del clasicismo megalómano y *kitsch* de Speer, metafísico de los EUR o pseudoescorialense del Ministerio del Aire, donde los espacios racionalistas son anecdóticos frente a la lectura global del edificio. El régimen podía ultimar las anodinas obras de los Nuevos Ministerios, pero nunca se hubiera exhibido ante el mundo con algo semejante al pabellón de la República en 1937, igual que, pasado el periodo de las veleidades totalitarias, la promoción oficial de la pintura abstracta no tuvo un sentido –político- muy diferente de la tolerancia hacia las extravagancias de Dalí. En todos los casos hasta hoy conocidos el totalitarismo ha impuesto una ruptura cultural drástica, pero nunca ha sido capaz de crear una estética original y ha debido recurrir a una tradición anterior -el arte de un periodo histórico, el casticismo neopopulista, el realismo didascálico, el neoclasicismo de la “vuelta al orden” de las vanguardias o un racionalismo desproporcionado- actualizada en clave propagandística. El arte del fascismo se quedó sobre el papel de libros y proyectos, mientras la América del *New Deal* levantaba los grandes rascacielos que, en el fondo, nuestros dictadores tanto envidiaban.